

Sobre “El Cuerpo de la Luna”, de Flavia Cosma

Flavia Cosma, la poeta rumana residente en Canadá, es una figura bien conocida dentro y fuera de su país de adopción. Ello se debe a varios factores; el principal de ellos es su innegable talento para producir una obra donde la destreza estilística se conjuga con el empleo de ésta para ahondar en la condición humana, una virtud que, para muchos autores contemporáneos, parece francamente olvidada. Ello es así porque Cosma desdeña escribir una poesía “a la moda”, pendiente de las tendencias efímeras y supuestamente aceptables para una crítica domesticada por las conveniencias de índole extraliteraria. Cosma es, en este sentido y también en otros, una continuadora de la mejor tradición poética occidental, donde el sentido está tan firmemente enlazado a la expresión como “la madera en el árbol”, tal la feliz definición del gran poeta chileno Vicente Huidobro.

Cosma no cede nunca a la tentación de la metáfora fulgurante y accesorio, que sólo tiene vida para sí misma. Prefiere nuestra autora el impacto directo que proviene de una escritura concisa y que sabe muy bien qué es lo que quiere referir y cómo hacerlo para llegar sin mayores miramientos a la sensibilidad del lector, produciendo una identificación casi inmediata: conoce Cosma que la poesía, como gustaba definirla Denise Levertov, es –cuando es genuina poesía– “una forma de la telepatía”.

Prueba de lo anteriormente expresado es su amplia obra, que desde sus primeros volúmenes suma ya prácticamente una treintena de títulos, entre poemarios y narrativa, editados en varios países e idiomas, donde las calidades de la autora le han asegurado una fiel cohorte de lectores permanentes.

Viajera incansable, reconocida promotora cultural, brillante traductora de otros autores, ocupa hoy en varias lenguas un sitio destacado en la producción literaria internacional, trascendiendo las fronteras de los países y los lenguajes. Esta nueva entrega de su poesía es, entonces, una renovada ocasión de celebración para los muchos lectores que seguimos atentamente su desarrollo estilístico en las Américas y en Europa, atentos a sus acostumbrados nuevos

aportes, pues leer sus versos es, también, *una manera de aprender a escribir buena poesía*, en definitiva, la única que existe como tal.

“El Cuerpo de la Luna” no desmiente los alcances de la poética que Flavia Cosma ha logrado edificar en su constante trabajo con las palabras, sino que, por el contrario, los amplía. Hay en sus versos la honda reflexión sobre la condición de lo humano que referimos antes, está presente su capacidad estilística para nombrar aquello que, antes de leer sus trabajos, parece ser inexpresable, pero también hay más. Esta presente ese misterio permanente que es la poesía, palabras que van más allá del dominio reconocido a las palabras, pues si algo caracteriza a la poética de Cosma es su capacidad de plantar la bandera del género poético siempre en nuevos territorios.

En “El Cuerpo de la Luna” el lector verá cómo, asombrosamente, Cosma nos muestra verso a verso su asombrosa capacidad para evocar estados del espíritu y hacerlos coincidir, simultáneamente, con una visión del mundo y de nuestro tiempo original y por momentos trágica, aunque sabe transmitirnos la autora el brillo lejano, pero siempre presente, de esa luz vacilante a veces mas siempre victoriosa, en definitiva, que es la confianza en lo que el poeta francés Paul Eluard definía como “lo mejor de los hombres”.

Y polifacética como es su visión del mundo, la poeta sabe en “El Cuerpo de la Luna” recorrer con la misma calidad la expresión amorosa como la social – prueba de esto último, el excelente poema titulado “La Emigración”, de tan difícil factura como exitoso logro-; la metafísica como el siempre velado erotismo, espiritual y carnal al mismo tiempo, que ronda las páginas de este volumen. Del mismo modo, la rebelión constante contra la lejanía de lo que es amado, el deseo de perdurar en la belleza de la vida, la fe en los poderes de la ternura, el conocimiento de los misterios que habitan en las cosas aparentemente inanimadas, el sentido del paso del tiempo y sus obligatorias mutaciones, las ambiguas precisiones de ese otro universo, el de los sueños, animan estas palabras que Flavia Cosma nos dona generosamente y de las que, a partir de este libro, somos eternos deudores.

“El Cuerpo de la Luna” no es una entrega más de una autora bien conocida, sino un hito de considerable peso en una producción que demuestra estar en el cenit mismo de sus capacidades.

Debemos destacar nuevamente, pues ya tuvimos oportunidad de comprobarlo en el poemario anterior de esta autora (“El Barrio Latino”, publicado por Editorial Maribelina en 2012, Lima, Perú, ISBN 978-9972-685-42-2) la muy buena factura de las traducciones del también reconocido poeta Luis Raúl Calvo, quien ha puesto otra vez su talento y experiencia al servicio de llevar a otro idioma el decir y la expresión poética de Flavia Cosma. No en vano se señala reiteradamente que la poesía, de entre todos los géneros, es el más difícil de traducir y algunos hasta creen que esta tarea es imposible. El autor argentino Luis Raúl Calvo demuestra precisamente lo contrario, dotando al manuscrito original de Flavia Cosma de la plasticidad y los giros más propios de nuestra lengua castellana, sin desmedro de los sentidos y las peculiaridades del original. Una labor ardua pero en este caso más que exitosa, que los lectores debemos también agradecer y celebrar, como lo hará, seguramente, quien tras estas breves opiniones ingrese en las páginas de “El Cuerpo de la Luna”.

En resumen, este libro nos brinda seguridades y renueva nuestras esperanzas de encontrar siempre, más allá de los múltiples intentos fallidos tan al uso de nuestro tiempo, una poesía acorde con la época pero que continúa renovando la expresión de una tradición literaria que no reconoce límites temporales ni lingüísticos para llevar al lector aquello que, con magistral síntesis, Jorge Luis Borges dijo respecto de la poesía, al definirla como lo que genuinamente es: “la felicidad del lenguaje”. Nada más y nada menos, contiene este libro.

Luis Benítez

Buenos Aires, marzo de 2013.